

ew2021-4

El ave lira (*)



Escribidora:
AUGUSTA ALFAGEME
(Lima, 1950)

Rocío saltaba y bailaba mientras se arreglaba sus largas trenzas ¿qué le habría enviado tío Robert desde Australia por sus doce años? no podía más con la curiosidad. Su padre apuraba el paso con grandes zancadas y le decía riendo:

—Al igual que tú, mi hermano no puede estar quieto en un solo lugar.

En el trayecto, Rocío le pidió como tantas otras veces, que le hablara de su madre. Él le dio un beso y le volvió a relatar su viaje desde Inglaterra al Callao en 1918, donde él y su hermano Robert instalaron una fundición en la que terminaron haciendo las tapas de los buzones de agua y desagüe de Lima. [Y cómo luego conoció a su amada Inés en una Fiesta de carnavales en La Punta.](#)

Marcus, sumergido en sus recuerdos se despertó cuando Rocío le reprochó no haberla llevado, todavía, a conocer el mar que estaba a unas horas de Pacasmayo. Entonces él tomó su mano suavemente y la interrumpió con cariño para decirle que pronto la iba a llevar, pero primero a La Punta.

—Tienes que conocerla porque allí me enamoré de tu madre. Es un lugar tan hermoso, una pequeña península, con sus ranchos y casonas adornados con muchas flores y árboles, rodeada de un inmenso y manso mar que disfruté dos veranos, aunque el frío del agua te cala los huesos.

Rocío, recordó a sus padres jugando con ella y en especial a su madre enseñándole a ordeñar a las vacas y a cuidar a los animales, a su potrillo “Duende” y a “Negrito” su ternerito. De pronto comenzó a llorar, no estaban su madre ni sus abuelos...

—¿Por qué tuvieron ese accidente? —Se lamentó—. ¿Por qué ya no podía cuidar de a sus animales? ¿Por qué vendió su padre el fundo?

Marcus, que se había adelantado un poco retrocedió y la abrazó mientras ella aún sollozaba. Se quedaron un buen rato en silencio para reanudar su caminata hasta llegar donde los tíos, quienes los esperaban con rosquillas y un delicioso queso mantecoso.

Mientras los mayores conversaban, Rocío se quedó mirando, por arriba, una caja muy grande llena de huecos. Al notar su asombro, sus tíos le contaron que dentro había un ave muy diferente a otras. La nota decía que AVE LIRA, se alimenta de insectos como escarabajos o gusanos.

Al regresar a casa sacaron la jaula y el ave les pareció un extraño pavo, pero mucho más grande, con su pequeña cabeza gris, las alas marrones y grisáceas, pequeñas y ovaladas y sus patas delicadas y largas. Sus ojos tan saltones la asustaron, estaban vidriosos y emanaban tristeza. Miró su cola y se preguntó si estaba encogida de miedo o si estaba rota. En eso el ave emitió un graznido de dolor. La niña y su padre, nunca habían visto un pájaro como aquel. Ella sintió pena e ira por lo que debía haber sufrido en ese largo viaje, no entendía porque el tío Robert lo había permitido. Quiso acariciarla, como pidiendo perdón, y el ave se encogió. Entonces su padre cargó la gran jaula al jardín y abrió la puerta, el ave se quedó quieta, no sabía si quedarse o salir fuera de la jaula.

Mientras el padre buscaba entre sus libros información sobre esta ave, la dejaron sola en el jardín. Así leyeron que imitaba casi cualquier sonido y que tenía una cola bellísima pero la niña solo veía su cola rota recogida y recordaba su graznido de dolor. El ave se escondió entre unos arbustos buscando quizás gusanos para alimentarse.

En casa, junto al estudio de fotografía donde había un proyector viejo de cine que ella llamaba “la caja encantada”, habían puesto el pequeño piano donde Rocío y su madre se sentaban a tocar dándole un aire festivo o dramático a las filmaciones. O inventar coplas en los carnavales.

Después que su padre le contó que las aves liras podían imitar muchos sonidos, buscó acercarse al ave para explicarle que nadie quería hacerle daño, pero aquella permanecía en silencio y escondida; únicamente cuando estaba sola se acercaba al centro del jardín a tomar el sol, pero se volvía a ocultar cuando alguien entraba.

Rocío, que desde que murió su madre había dejado de tocar el piano y cantar, pensó que si volvía a hacerlo podría ayudar al ave a recobrar la alegría. Comenzó de nuevo todas las mañanas hasta que de repente, casi dos meses después, escuchó su voz y el sonido del piano como un eco. Llamó a su padre y corrieron a ver qué pasaba.

Era el ave lira, que poco a poco había obtenido más brillo, sus ojos ya no estaban tristes y sobre su plumaje marrón se erguía una cola transparente, brillante que reflejaba los colores del arco iris; asimismo, sus patas delgadas se movían en una danza de alegría y cantaba como ella.

Rocío salió al jardín y comenzó a interpretar la canción más bella de su vida dándose cuenta que no solo le quedaba la experiencia vivida con su madre y sus hermosos recuerdos sino que tenía una nueva compañía que la haría sentir menos sola. Y que ella y su padre tendrían que aprender a ser felices otra vez.

